



Año IV.

Barcelona 15 de Agosto de 1890.

Núm. 166



LA Semana Cómica

LIT. MIRALLES. UNION 17.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

NUESTRAS ACTRICES, POR ESCALER

Periódico literario, ilustrado

Administración: Vertrallans, 3, 1.º

Horas de despacho: de 2 a 4 tarde

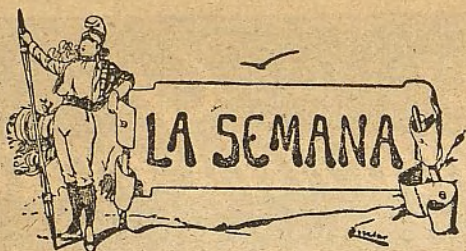
Precios de suscripción

Barcelona. 1'50 ptas. trimestre
Provincias. 5 " semestre

Números atrasados: 1 real.



CARMEN BERNAL



De nuevo van á reunirse los obreros.

Pero no para declararse en huelga.

Sino para declararse en... poder parlamentario.

Al efecto los ex-huelguistas catalanes, aprovechando el derecho de sufragio piensan sacar de su seno varios representantes en Córtes.

Es decir que la clase obrera vá á meterse la mano en el seno para sacarla después, no llena de lepra como la sacó Moisés en solemne ocasión, sino llena de diputados, plaga que á veces es mucho peor que la lepra.

No hemos de ser menos que los socialistas alemanes, aunque seamos en menor cantidad afortunadamente.

Ni menos que los obreros franceses cuyo representante parlamentario tanto juego dió con sus blusas durante la legislatura pasada.

—Si, señor, si—gritaba un obrero en la Rambla—iremos al Congreso de gorra.

Y razón tenía para decirlo tan alto.

Porque más vale ir á las Córtes de gorra que no ir por su buen dinero, como van otros.

Si la transfusión de sangre nueva es remedio heroico que se aplica al cuerpo debil, ya deshauciado; no está mal pensada la idea de insuflar en el envejecido sistema parlamentario la sangre fuerte y rica que representan los obreros.

Quizá el parlamentarismo varíe en un todo cuando los pupitres del Congreso sean golpeados por manos que encalleció el trabajo y pidan la palabra lenguas habituadas al mutismo de las fábricas y al disciplinado laconismo de los talleres.

Pero no hay que confiar mucho.

Los oradores brotan en España sin previa siembra y hasta entre los obreros abundan más los *pícos de oro* que los picos de hierro para golpear duro y trabajar de firme.

El partido obrero llevará, por desgracia, el lema shakesperiano que llevan todos:

—Palabras, palabras y palabras.

En vez de otro que cuadra mejor al nombre del nuevo partido

—Obras son amores y no buenas razones.

Minoría obrera, minoría carlista, minoría radical.

¡Con cuantos nuevos enemigos vá á tener que háberse las mayoría conservadora!

Y ¡como se alegraría ésta de poder proclamar en pleno Congreso la ley marcial!

Para decir imperiosamente á todas las agrupaciones políticas!

—Vaya señores ¡no se permiten grupos!

Verdad es que las minorías parlamentarias son todas apócrifas según me decía un conservador:

—Nosotros representamos á la verdadera minoría.

—¿Ustedes?

—Si señor; á la minoría... de Alfonso XIII.

Las listas electorales continuando que hablar. Individuos hay que se pasan las horas muertas delante de los pliegos y se alejan al fin, murmurando descorazonados y furiosos:

—¡También son ganas de molestar al elector! ¿por qué no pondrán índices al lado de las listas?

Un joven se presentó á pedir la inclusión.

—Mire V. que no me han puesto entre los votantes.

—No reunirá V. las condiciones que marca la ley.

—No sabía yo que ahora la ley se dedicase á marcar pero, en fin, que llevo año y medio en Barcelona...

—Ahí tiene V.; que por de pronto le falta á V. medio año de residencia. ¿Y su edad de V.?

—Veinticuatro años y medio.

—Pues ya vé V. También le falta medio año por ese otro lado.

—¡Y no es bien triste—murmura el reclamante alejándose—que yo no pueda votar por falta de medios!

El sobrenombre de *Universal* puesto al actual sufragio ha alimentado no pocas esperanzas y ocasionado despues amargas decepciones.

Una señora, devota *enragé* de la «virgen roja» decía leyendo la prensa:

—Si esto es verdad la mujer no ha sido rehabilitada saliendo para siempre de la ominosa esclavitud de tantos siglos.

Y acto seguido se dirigió al Ayuntamiento:

—Venía á ver si me han incluido ustedes en las listas electorales.

—Pero señora ¿está usted loca?

—No por cierto; estoy en el pleno uso...

—Donde debía V. de estar es en la plena rueca.

Oir esto y desatarse en impropiedades contra los empleados todo fué uno, más deseando convencerse por si misma de la horrible verdad fué á las listas y volvió al poco rato mascullando protestas:

—Les advierto á ustedes que no estoy entre los votantes y que...

—Dispense V. señora; eso ya está hecho con idea. No la han puesto á V. en las listas porque...

—¿Por qué? vamos á ver.

—¡Porque la habrán puesto á V. en las tontas!

Eso de «herrar ó quitar el banco» no debe de rezar con el Banco de España.

Porque, á juicio de los capitalistas catalanes, el gobierno no quita el Banco y yerra.

Si bien el error no consiste precisamente en sostener el Banco sino en mantenerle con el privilegio de emitir billetes al portador.

Por eso el banco de Barcelona ha pedido ó vá á pedir autorización para emitir billetes por su cuenta, creando una especie de moneda para dentro de casa que es poco más ó menos, lo que hacen los chiquillos con las aleluyas, las cajas de fósforos, las plumillas y los botones.

Este próximo aumento de circulación fiduciaria

aumentará el movimiento de unidades notado hace tiempo en las especies metálicas y día llegará en que para ver una moneda habremos de acudir al collar de alguna nodriza de buena casa ó á los imperdibles de ciertas y privilegiadas cadenas de reloj.

Y no será extraño que por una saludable reacción los billetes del porvenir se impriman en papel de goma.

Porque en caso contrario; no vá pegar semejante papel.

La idea de que el billete no es moneda está muy extendida y no es tan disparatada como parece.

Un mozo de café á quien le habían pagado una cena con un billete de cinco duros volvió hacia el parroquiano, dándole vueltas al papelito.

—Mire V. señorito que esto no vale.
—¿Cómo que nó? Es legítimo, del Banco de España.

—Todo lo que V. quiera pero lo he probado...

—¿Y cómo?

—Pues sonándole en el mostrador.

Como este hay muchos, que dicen en la fábula.

No creen en los billetes si no suenan.

Y algo podía hacer en este sentido el Banco de Barcelona.

Imprimiendo los nuevos billetes en papel de música.

LUIS ROYO VILLANOVA.

EL VINO TRISTON



a fiesta picaba ya en saturnal deshecha, y el que más y el que menos, si entreveía las cabezas de sus compañeros, no se daba cuenta de la propia. Advertíanse allí, revueltos en asqueroso maridaje, el brutal regocijo del apetito satisfecho y la bestial algaraz de la borrachera en su última etapa, bien así como si la famosa Poppea hubiérase dignado presidir semejante trasunto de festín báquico.

Y aquel desaforado gritar, y aquellos ojos abotargados, aquellas mejillas encendidas, señales muy claras eran de que el succulento almuerzo había gustado á todos, que si la elección de platos no fué obra de Apicio, el coetáneo de Séneca, en cambio anduvo en ello Juanito la Garra, el perdido más elegante de Madrid, que se pintaba solo para estas cosas.

Y á fé que hasta en el sitio tuvieron acierto y allí estaban no muy lejos de la Fuente de la Teja, en un trozo de sombra, sobre el seco musgo y bajo las copas de media docena de árboles que juntaban por arriba sus ramas formando arcos de verdura. Cercano hallábase el factón que les había traído, al cuidado de un solo lacayo, pues como ordena la moda, el propio Juanito la Garra ejerció de cochero en aquella gira.

Todos alborotaban, todos reían y todos se sentían á la vez pesados. Ellas lucían trajes de percal, muy cortos de falda, llevaban sombreros de paja con adornos de flores y frutas, y calzaban zapatitos á la inglesa, completando su atavío sombrillas japonesas y enormes pericones. Ellos vestían de cazadora y se cubrían la cabeza con anchos pañeros. Por lo demás, estaba allí la flor de la gente de trueno, los más *barbianes* del Veloz y las más famosas de las pegadoras de la corte; de ellos, Juanito la Garra, un título tronado, otro á punto de tronar, un quidam vividor trashumante, de esos que echán-

dola de ocurentes medran á costa de los ricos viciosos, y tres ó cuatro sietemesinos gastados y á vueltas con la tisis; y de ellas dos ó tres ex-ramilletas, alguna ex-corista ó bailarina y alguna sin pasado conocido, de esas que salen de la nada, proceden acaso del crimen, nacen en el arroyo y viven en el escándalo y la orgía.

Por todas partes se veían huesos y papeles pringosos, restos de langostinos, conchas de ostras, pedazos de pan de Viena, migajas de emparedados, botellas vacías y otra porción de ruinas del consumado festín.

Después del banquete el *cante* y el baile. Pero eso pertenecía á Visitación, á Visita como la llamaban, la heroína de la fiesta y la pecadora de moda á la sazón, hermosa rubia al parecer, como de veinticinco años, de ojos oscuros, voraces y sensuales, de pálida tez huérfana de sonrosado pero en la que en cambio se advertían las huellas de la crápula, arrugas prematuras, profundas ojeras, cutis lacio, todo muy habilmente disimulado bajo una capa de polvos de arroz y colorete. Era de formas exuberantes, de rostro heimoso pero vulgar, de facciones agraciadas pero ordinarias. Tenía la belleza de la hembra, pero no la hermosura de la mujer. Por lo demás solo se sabía de ella que era un montón de carne que se cotizaba muy alto, pero se ignoraba su pasado y no se conocía su personalidad. Vaya usted á saber de qué escoria habria salido aquella muchacha y de qué clase de fango estaria formada. Por otra parte, á la sociedad no le importaba que Visita fuera de arcilla, que hubiese nacido de la broza y en el arroyo, y criándose en un lupanar ó en medio de la calle. Era guapa y alegre y era bastante. Al presente, pasaba por la favorita de Juanito la Garra.

¡Venga de ahí!..

¡Que se baile!..

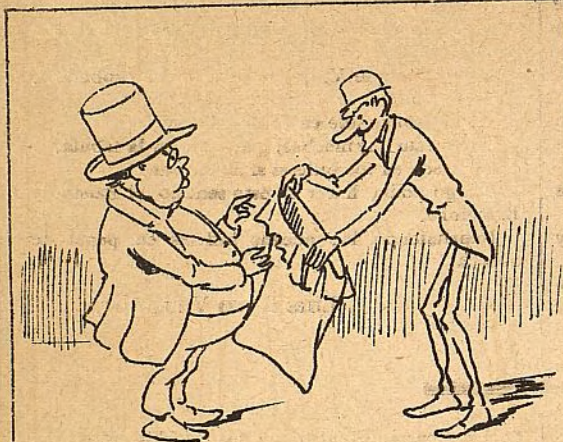
¡Cuatro pataditas!..

¡La salida del agua!..

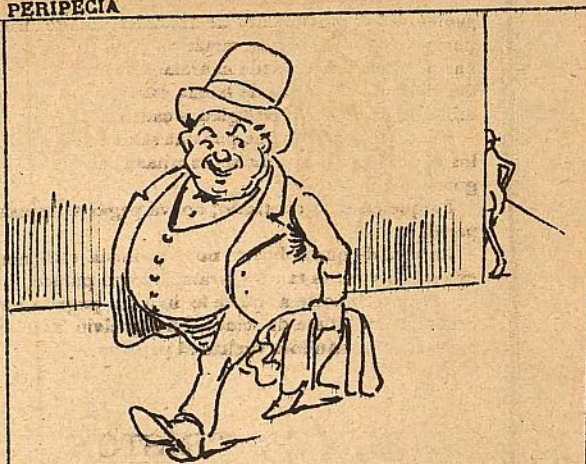
Así gritaron todos; Visita no las tenía todas consigo, pero accedió á lo que se le pedía. Se levantó tambaleando y se colocó en el centro del grupo que los hombres formaron. Después todos batieron palmas, y ella se *arrancó* en un jaleo voluptuoso, moviéndose con las genuflexiones de la culebra, arqueando el cuerpo, subiendo y bajando los brazos,

PERIPECIAS ENTRE D. REFRIGERIO

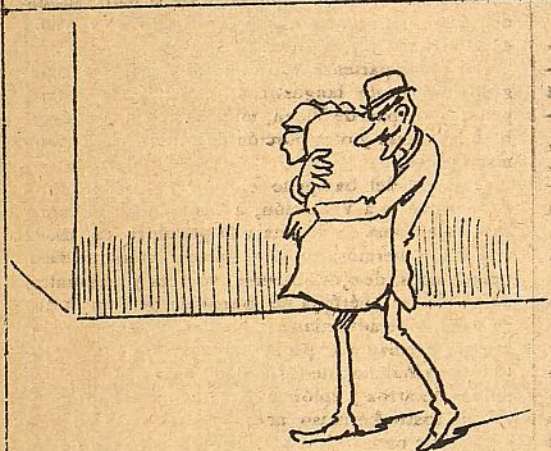
CUARTA PERIPECIA



—Traiga Vd., D. Estimulante: yo le llenaré el almohadón con rica lana.



Verás la que te juego.



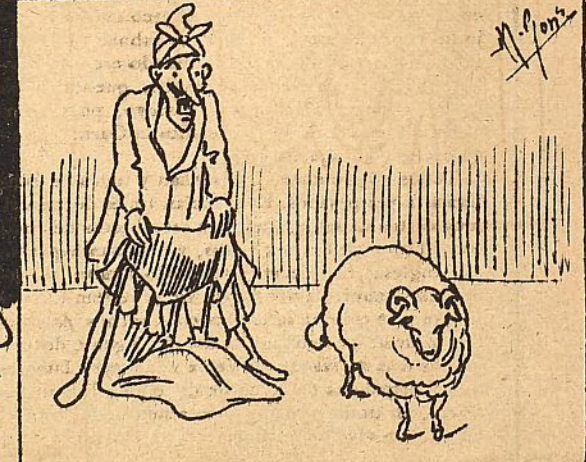
Y aquí tienen Vdes. á D. Estimulante, dispuesto á dormir tan ricamente,



Pero apenas se acuesta, nota ciertos ruidos y movimientos interalmohadónicos...



¡Horror! ¡El almohadón empieza á dar saltos!



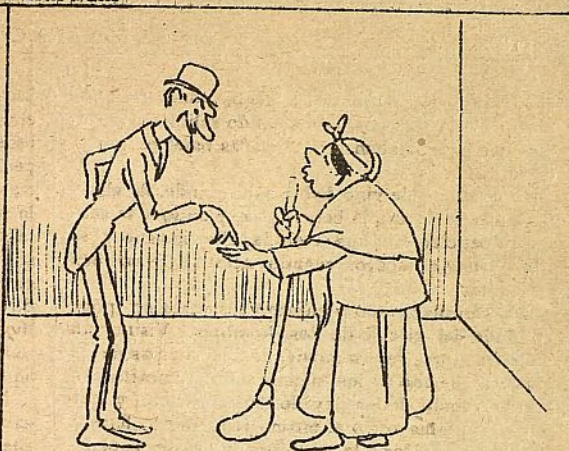
¡Naturalmente!

Y D. ESTIMULANTE, POR M. GONZALEZ.

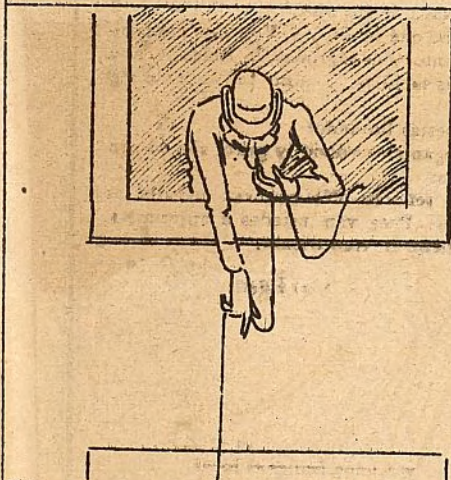
QUINTA PERIPECIA



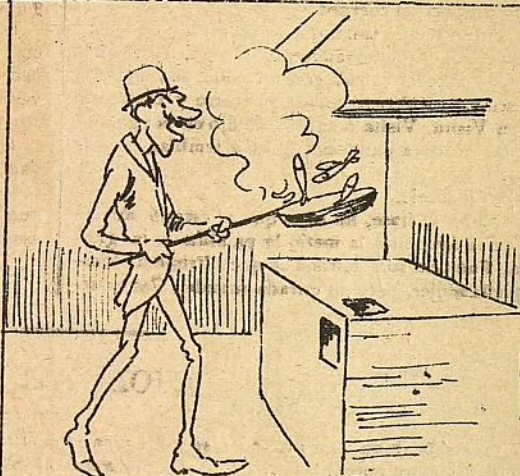
D. Estimulante decide vengarse de la guasita del bórrego.



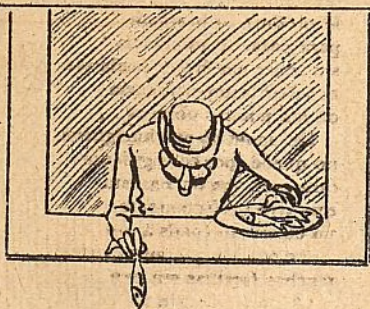
A cuyo efecto, alquila por una noche el piso que hay encima del de D. Refrigerio.



Y le pesca unos pececitos que éste tenía en el balcón.



Y se los frie



y una vez fritos, se los echa otra vez en la pecera;



dejando estufado á D. Refrigerio, el cual, al día siguiente, no podía comprender cómo era posible que sus peces se hubieran freído *expontaneamente*.

encorvándose y estirándose luego, adoptando las más provocativas posturas y dando relieve á sus formas que se señalaban pronunciadas bajo el percal de su traje.

El consumo de vino habia sido grande. A alguna mujer se le antojó beber agua, y aunque se acogió su petición con una rechifla, ella insistió y se iba á avisar al lacayo, cuando acertó á pasar una aguadora.

Llamáronla acudió y enjuagó sus vasos un poco apartada del círculo de los hombres. Visita, un baile tras otro, seguía moviéndose al compás de la guitarra que uno de los sietemesinos, señorito ingerto en chulo, habia llevado á prevención, y que por cierto tañía como el mismo Juan Brea. Estaba Visita de espaldas á la aguadora, y así se cuidaba la aguadora de ella como de un zapato viejo. Pero he aquí que se la antojó á Visita humedecer la garganta, y gritó con voz ronca, descansando y volviendo un poco el cuerpo:

—Juanito... una caña, que estoy seca.

La aguadora, que chapuceaba un vaso, se irguió súbita, levantó la cabeza con un ademán de fiera, se descompuso horriblemente su rostro y clavó sus ojos en Visita. Visita á su vez, se fijó en la aguadora, y la pecadora palideció, dióse á temblar y balbuceó:

—¡Mi madre!..

No acabó la frase, un rayo que se escapó de los ojos de la aguadora la metió la palabra en la garganta. Fué una sola mirada la que dirigió á Visita aquella mujer, pero su mirada mataba. Por aque-

llas pupilas pasó algo parecido á la tempestad, de ellas salió como una maldición eterna, como un centelleo espantoso; diríase que la aguadora quería despedazar á la perdida con su vista. Toda una historia de lágrimas y miserias se reflejó en los ojos de la pobre aguadora, chispeantes de vergüenza. Sus labios se abrieron tal vez para escupir el veneno de su pecho sobre la infame. Por un instante se vieron en la aguadora impulsos de acometimiento, pero todo duró lo que un relámpago. Pagáronle su agua y lívida pero inmutable, fulminando sobre Visita una última mirada de ira, se alejó la aguadora de aquel sitio.

Nadie echó de ver lo acaecido. No estaban las cabezas para semejantes distingos. La caña que Visita habia pedido le fué servida, y como queriendo olvidar, la apuró la pecadora de un trago.

Ninguno observó que en la caña quedó un residuo de licor transparente que Visita no pudo tragar y que acaso brotaba de sus ojos.

Pero Dios sabe qué le diría á Visita su conciencia, pues de pronto dos lágrimas le rodaron á la pecadora por las mejillas. Juanito la Garra lo vió y la dijo:

—Chiquilla ¿estás llorando?

Luego el elegante se volvió y gritó riendo con fuertes risotadas:

—Señoras y señores: ¿No conocen ustedes las turcas sensibles? Pues van ustedes á apreciarlas, porque Visita tiene el vino triston.

ALFONSO PEREZ NIEVA

¿HOLGAR YO?...

—No te extrañe, Juan, que insista en lo que siempre opiné.
¿Por qué no me *hago* huelguista?
Te voy á decir por qué.

De don Melitón Acelga, fabricante de pucheros, se declararon en huelga casi todos los obreros, pidiendo con desparpajo y frescura sin igual la reducción del trabajo y el aumento del jornal.

Los trabajadores gritan, diciendo á don Melitón que si á lo que solicitan no accede sin dilación á adoptar pronto están medidas atrabiliarias, terribles; que apelarán á las teas incendiarias; que harán en los ricos presa y se darán á beber toda la sangre burguesa de que puedan disponer, y que no habrá quien ataje su formidable pujanza como todos al pillaje

se entreguen, y á la matanza.

La amenaza al escuchar, comprendiendo Melitón que era presiso tomar una determinación, va y declara á un emisario que su réplica desea, que ni aumentará el salario ni mermará la tarea.

Llegada de aquella gente á oídos respuesta tal armóse inmediatamente un lío fenomenal; visto de la turba hostil el comportamiento inculto, salió la guardia civil á sofocar el tumulto, y terminó la función mandando la autoridad á unos á la prevención y á otros á la eternidad.

Pasado el primer momento, el bueno del fabricante cerró el establecimiento y se quedó tan campante, vendiendo poco después por una suma formal,

la maquinaria á un inglés y á unos frailes el local, y hoy tiene en dos ó tres bancos, un total muy importante que, sin apuros ni atrancos, le produce lo bastante para pasar la existencia sin tener que hacer pucheros ni sufrir la impertinencia de los señores obreros....

Del movimiento huelguista no quedó, por consiguiente otra cosa que un rentista que vive perfectamente, un convento (nada á tan triste cuadro que más cuadro), muchas familias sin pan y algunos hijos sin padre...

Conque... ¿qué te pareció de todo lo relatado?
á mi, chico me escamó;
y porque estoy escamado tu suplicar no me ablanda y á secundarte renuncio...
¿Declararme en huelga?... ¡Anda y que se declare el Nuncio!..

FERNANDO SEGURA.

LA AFICIÓN

CUENTO

Se encuentran dos camaradas en la taberna de Curro, y entre picado y gozoso dice el primero al segundo: —Gracias á Dios que te veo, pues desde anoche te busco para preguntarte...

—Basta, no digas más de ese asunto. Quieres saber si la Pepa, la sobrina del Peludo, piensa dejar al Moreno y quedarse con el Rubio; y como yo soy su primo y la aconsejo y la ilustro... —Hombre, pára ya la jaca que has equivocado el rumbo. Mi pregunta...

—Espera un poco; tú pretendes de seguro que yo te diga en qué precio vende el cabriolé D. Frutos.

—Tampoco es eso...

—¡Ah! ya caigo; si es verdad que la Tapujos salió del modelo...

—Escucha y cállate.

—Ya estoy mudo; haz de mí lo que quisieres...

—Tú responde; yo pregunto.

—¿En dónde estuviste anoche?

—Primer domingo de Julio;

cené en casa de mi hermana.

—¿La tripicallera?

—Justo.

Le saqué de pila el chico que hace tres semanas tuvo, y armamos una paella que de cierto con el tufo se ha limpiado de microbios la Costanilla del Nuncio.

—¿Y después?

—Me fuí á la cama

entre claro y entre turbio, levantándome á las nueve y aquí estoy; las diez en punto. —Y por la tarde, ¿qué hiciste? —Lo que hace todo hombre culto que tiene sangre en las venas, y en los bosillos un duro. Ir á ver á Lagartijo... ¿Tú no fuistes?

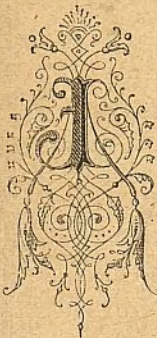
—Cállate, bruto; no aumentes mi desventura relamiéndote de gusto.

A preparar un matute salí temprano, y por mucho que bregué, ya oscurecía cuando hicimos el chanchullo. Y por eso te buscaba, y era tan grande mi apuro, para preguntarte á solas sin ambajes ni repulgos ¿Como salieron los toros? —¡Pues salieron... uno á uno!

MANUEL DEL PALACIO.

FLOR PERDIDA

I.



UANILLA estaba contenta. Había despertado muy gozosa aquella mañana; una mañana fresca, una verdadera fiesta primaveral, saturada de aromas deliciosos, é iluminada por la magia de todos los esplendores de la luz.

Juanilla apareció por el caserío y bajó por el sendero de los pedregales al llano, cuando aún no andaban por los callejones del pueblo ni por los trigales cercanos las gallinas de los corralillos del lugar, cuando perezosos sin duda se mantenían todavía quietos en las ramas u ocultos en los nidos los pájaros saludándose de árbol á árbol con píos y gorgoros, como buenos vecinos que se hablaran de ventana á ventana.

Juanilla era una guapa moza; bien formada, de buenos colores, pelo rubio y facciones monisimas. Juana era una de las más hermosas muchachas del Valle Ambléo, y era joven ¿qué edad podría tener entonces? según mi cuenta tendría lo más lo más... unos diez y seis años, ¡figuraos... qué frescura, qué delicadeza, qué perfumes los de aquella juventud.

La mañana que hemos dicho, Juanilla llevaba en la cabeza y sobre la rosqueta de trapo el banqueto de lavar y en él un montón de ropa blanca jabonada que la moza iba á aclarar en el arroyo y tender, para que se solease, sobre el verdor de algun ribazo.

Fortuna fué para Juanilla que no tuvo noticia de que ella salía tan temprano, Gabriel su enamorado perseguidor... si no, hubiera acudido mosqueando impertinente el galán al encuentro de la muchacha. Sentíase Juanilla muy libre, muy dichosa, muy ágil, muy regocijada al verse sola y pudiendo correr a sus anchas sin que respeto ó temor alguno la importunase.

En cierto modo los inocentes se bastan á sí mismos; cualquiera que les quiera guiar ó acompañarles mortifica; su alegría tiene algo de la graciosa volubilidad y del trémulo vuelo de la mariposa, parece que desean ya que no hacerse invisibles hacerse impalpables.

Juanilla halló primero en su camino una pajarita de las nieves que con andar vivo y acompasado iba de aquí para allá levantando un poco su colita estrecha y larga.

La aurora era sobre un fondo de luz, blanquecina difusa un conjunto portentoso de fulgores carmineos encendidos; en el fondo oscuro de un bosquecillo producía levisimo ruido de hojas el viento, los árboles se movían en suave vaivén... parecía que aun se hallaban aquellos gigantes medio dormidos y á merced de una invencible indolencia.

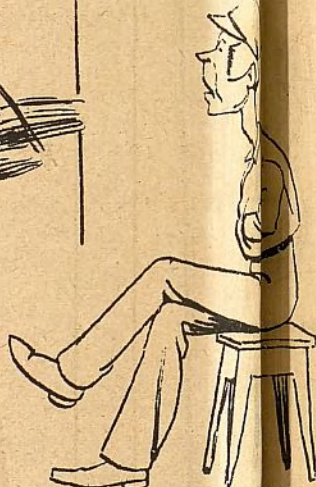
Juanilla pasó frente por frente de los corneles de



—¿Vale la franqueza? Pues creo que todos Vdes. son
excelentes partidos, y no sé...
—Haga Vd. lo que la reina, Adelita; establezca usted
el turno pacífico de los partidos...



«Fiero milano que el aire asoma»



no echa la garra á la felin paloma.»



¿Sufrir de un viaje los cien mil azares?
¿Para qué está en el mundo el Manzanares?



A. PONS

—¿Y sabes qué te digo, Marujilla? Que en cuanto tenga yo cien duros, pongo una horchatería; y con camareras como tú, que se acerquen mucho á los parroquianos... ¡no son refrescos los que voy á despachar!

Nicolasón el pastor, el cual se disponía á sacar al campo su rebaño:

—Calla, Juanilla, exclamó Nicolasón, ¿*Ande vas tan temprano?* ¿A coger violetas? Y se echó á reír el muy tunante con más picardía de la que hubiera podido esperarse de su zafia y aparente sencillez.

—¿*Quies una cornata de leche?*

—No, muchas gracias. Replicó Juanilla desdenosa y desenfadadamente.

—Vamos mujer... no hagas desprecio.

—Bueno, bueno, atiende á tus ovejas... mal pastor. Añadió Juanilla prosiguiendo su marcha con saleroso meneo de cuerpo y zarandeo de sayas.

—Lobo sería yo... lo mismo te cogía, por mucho que anduvieras, que coge perro hambriento un mendrugo al aire. Quedose diciendo el descaradote del pastor, al pensar en aquellos blanquísimos brazos que Juanilla llevaba arremangados.

Relucían los alegres de Juanilla reflejando en su limpidez la fulguración de la aurora.

—Adios mujer, vaya si vas arrogante... dijo á Juanilla el viejo santero de San Antonio.

—Adios tío Miguel... no le habia conocido, pásele V. bien, llevo prisa.

Por último al cruzar la moza por el huerto de Marcelo halló á este trabajando.

El mozo alzó la cabeza al oír como un pío y un movimiento de alas, el ruido que al andar hacía Juanilla, y al oír la cancioncilla que ella iba modulando á media voz.

—Adios Juanilla... muy contenta vas... saluda á las personas.

Adios Marcelo, replicó ella muy campechanamente, pero sin volver siquiera la cabeza y anda que anda como una perdiz, por entre las espesuras del monte.

Marcelo que con entrambas manazas apoyadas en el palo del azadón se había quedado en su lugar descanso, volvió á su trabajo entonando como por descuido una copla que parecía hecha á propio intento:

Esos tus ricitos rubios
tendidos por la frente
parecen campanillitas
que van llamando á la gente.

Juanilla caminaba con brío, despreciándolo todo, sin miedo á cosa alguna; rompió luego por medio de los zarzales, recogióse las sayas saltó un regato, y luego unos peñascos, iba como á vulecitos cortos y rápidos... riéndose como la aurora, con un pensamiento tan diáfano y puro como aquel cielo de la mañana y aspirando aquella brisa fresca que no parecía sino que así á su soplo desplegaba en un sonreír de niña aquella boca de labios colorados como abría suavemente las corolas de las flores.

Una de estas con la humedad del rocío y blanca y delicada pasó de su tallo á las manos de Juanilla... la cual sin duda la medró con ese simpático embeleso que las doncellas sienten por las flores, perfumadas, bellas, virginales como ellas.

II.

¡Oh! bien puede afirmarse que cuando á la mitad de ciertos días calurosos se recuerdan las frescas y hermosas mañanas con que comenzaron... las ma-

ñanas parecen un lejano recuerdo, un sueño que tuvimos.

Juanilla al empezar la tarde de aquel día se sintió fatigada, de buena gana se hubiera tendido á la sombra de unos corolientos árboles y sobre la hierbecilla menuda... pero...

Y no era vano su temor, Gabriel... se había presentado en el arroyo; y ella que por la mañana hubiese tenido valor bastante para mandar al mozo que se marchase, y sobrados ánimos para burlarse de él... Nada dijo.

Puso muy grave el rostro, hé aqui todo, pero sentía un miedo profundo.

El mozo parecía aletado, no se atrevía á acercarse á ella, la contemplaba á bastante distancia; murmuró no sabemos que disculpas. Pasaba por allí... hubo de mirar hacia el arroyo, la descubrió quiso bajar á saludarla... y así como estas, otras muchas frases, expresiones de incertidumbre dichas con tartamudez.

—Al cabo Juanilla se compadeció de él... y le dijo.

—Bueno, ya me has visto... No parece bien que estemos solos, vete.

—Me iré... si me despidas.

—Si, te despido, vete.

—Me iré, replicaba el muchacho pero aproximándose paso á paso hasta donde Juanilla se hallaba arrodillada en el banquete de lavar.

El cual estaba en que volviéndose Gabriel por el camino podría encontrar gente que le viera subir del arroyo, era necesario según el mozo que Juanilla le enseñara algun atajo. La muchacha se ofreció á guiarle por el monte de la margen opuesta.

—Si, pero vete dijo.

—Ya me voy... pero dame esa flor.

Que impertinencia más incorregible. No, Juanilla quería castigar aquella terquedad, no le daría la flor, además... No, no se la daría, y diciendo esto la afirmó aun más en el hojalillo del jubón en que la tenía entrelazada.

—Dame, dame esa flor, repetía suplicante el pediguño.

—Dale ¡matraca! ¡Qué porfiador!

Nada no hubo manera de convencer á la moza y así entre enojados y contentos fueron subiendo por el montel... pero el calor aumentaba y se detuvieron á descansar, por un instante.

Zumbaban las avispas, las moscas y los abejorros produciendo un ruido como hervor de agua en ebullición; deslumbraba el brillo verdoso amarillento de los campos de trigos tratados por el sol en la llanura. Se hubiera dicho que aquel era ya un día canicular.

El sol, inmenso manantial de fuego, lucía esplendoroso. Era un sol aquel que hubiera derretido el bronce. La fulguración profusa en explosiones de llamas y de rayos deslumbradores caldeaba la tierra hasta las más grandes profundidades. Se diría que por esas horribles é implacables temperaturas... la tempestad estalla en el cielo, se fragua el cataclismo en la tierra, aparece la fiebre de la ferocidad en las fieras... y surge el drama en el corazón del hombre... ¡Quien hubiera podido aspirar entonces

un leve soplo de aquella brisa consoladora y pura de las primeras horas de la mañana!

Negras y espesas nubes se dilataban lentamente por el espacio.

No se movía una rama, ni una hoja, ni una brizna de hierba; parecía que todo lo paralizaba el terror profundo que precede á la tempestad.

Ni aun en la menuda grama había frescura, rígidas y sin jugo estarían las tiernas raicillas de las plantas. No volaba un pájaro.

—¡Dios mío, Dios mío! exclamó Juanilla conmovida por el miedo; que calor, añadió y se quitó el pañuelo que llevaba al cuello.

Si estallaba la tempestad ¿qué harían?

Guarecerse bajo unas grandes piedras que formidablemente amontonadas ofrecían un oscuro escondite.

Juanilla sentía íntimo é inmoderado deseo de llorar.

—Gabriel—marchate, marchate... yo me ocultaré allí... dijo Juanilla señalando á las enormes piedras... Pero no, luego miró al espantoso cielo, no era posible dejar al pobre mozo para que se expusiese andando errante, á los peligros terribles que ella temía que sobrevinieran con la tempestad... por otra parte Juanilla no quería quedarse sola...

El mozo callaba, hallabase extático ante aquella figura tan linda, ante aquel miedo tan enternecedor ante aquel cuello niveo... bajo el cual y el juboncillo estaba aun prendida... la codiciada florecilla.

Se ocultaron bajo las gigantescas rocas; era un lugar temible, una trinchera de titanes, tapizada de musgo; tal vez un duro murallón defensa tan solo contra la lluvia no contra las tempestades.

El corazón del mozo palpitaba apresurada rudamente, sentía esa alometividad devoradora y ardiente... hallábanse muy próximos el uno al otro... ella temerosa y confiada, él ciego.

Ella se acercó llena de miedo... y de pronto sintió profanadas sus mejillas por una boca ardiente, ceñida su cintura por un brazo opresor y una mano arrebató del juboncillo la blanca florecilla.

Rasgóse el cielo en su relámpago vivo, resonó después espantoso, retumbador, ensordecedor el trueno...

Parecía que una voz desde las alturas había expresado con formidable estruendo una maldición:

¡Sacrilegio!

¡Oh cuando volvería para Juanilla aquel gozo tan ingenuo aquella braveza tan segura... que hubo de sentir en la pasada mañana.

JOSÉ ZAHONERO.

EL NUEVO TENORIO

Es noche de gran jolgorio en casa de doña Brigida, mujer de moral muy rígida que adora el *D. Juan Tenorio* con afición tan sin tregua, que no pierde ni un *D. Juan* aunque se haga en un desván por cómicos de la legua.

En su entusiasmo sin tasa por el drama de Zorrilla, le ofrece la pobrecilla teatro en su propia casa;

y entre sus amigos fieles su amor tenoril no oculta, y resuelta les consulta el reparto de papeles;

y si el marido un *fracaso* le anuncia con una homilia, *son pláticas de familia* de las que ella *no hace caso*.

Porque el *Tenorio* se hiciera dió á su hija la *D.^a Inés* y el *D. Juan* cedió después á un joven muy calavera,

que en amores era un vándalo de audacia superlativa, pues *donde quiera que él iba iba con él el escándalo*;

y en fin, por digno de lo, si bien algo peligroso,

halló encargar á su esposo el Comendador Ulloa, aunque era un glotón sin par el desdichado marido, que hasta en mármol convertido era capaz de cenar.

Llega por fin la función; llena está la sala entera y á punto la cocinera encargada del telón;

y *D. Juan* que ya se abrasa de Inesilla en los amores, requiebra entre bastidores á la niña de la casa.

Hace los honores de ésta *D.^a Brigida* en su puesto, pero sin perder un gesto de los héroes de la fiesta, sobre todo del galán que así logra ante testigos, *las damas de los amigos que para casarse estan*.

Mas teme la pobrecilla que al buen *D. Gonzalo* embrope por el abultado abdomen [men que cubre con la ropilla: sobre todo en el momento en que el rapto por sorpresa, le lleva hasta la abadesa del mal guardado convento,

y se desespera y grita aquello de *«Mientras vos por ella rezais á Dios, viene el diablo y os la quita!»*

Y allí la fatalidad puso fin á la función en que todo era ficción y solo el rapto verdad.

Y allí se acabó el jolgorio, pues no se encontró después ni sombra de *D.^a Inés* ni vestigio del *Tenorio*.

Que aquella hija de su madre halló en su papel muy justo dar aquel *plato de gusto* al comilón de su padre, que por fin, fuera de quicio grita, al ver tal abandono: *«Yo á Tenorio no perdono de Dios ante el santo juicio: que el papel tomando en serio y huyendo de esta manera, sin costearme siquiera un nicho en el cementerio, así me vino á matar como á tal Comendador, ¡ay! ¡sin tener el valor de convidarme á cenar!!»*

E. BUSTILLO.

LOS ENTARUGADOS, POR DEMÓCRITO



Con esta humedad de ahora
se pone el piso tan mal...

—¿Ha visto Vd. cosa igual,
caballero? — Si, señora.

Demócrito

¡VALIENTE CONSUELO!, POR DEMÓCRITO



—¿Celos de Enrique? Pues no te he dado el menor motivo para tenerlos. Ayer precisamente me decía él que los tenía de ti...

Ayuntamiento de Madrid

LOS ENTARUGADOS POR DEMÓCRITO

PROCESO SOBRESEIDO

Por el juez municipal de un pueblo, se abrió un proceso contra un novio desleal que en la frente virginal de su amada estampó un beso

Es esta acción subrepticia una de las mas comunes gracias á que la justicia por incuria ó por malicia las deja todas impunes.

Es verdad que el beso en sí es la mas noble expresión de cariño y de pasión; mas aunque esto sea así, se ha de dar con prevención.

La víctima del suceso, tan pura como hechicera, hubo de ser la primera que declaró en el proceso de la siguiente manera:

—Señor,—dijo con rubor al interrogarla el juez— él me juró eterno amor, yo le creí sin temor y manchó mi candidez.

No acceder á su deseo, siendo él mi único encanto, me parecia muy feo.... y Vd. en mi caso creo que hubiera hecho otro tanto!

Extasiada en su presencia, no le opuse resistencia

ni me di cuenta de nada; estaba sugestionada y obré entonces sin conciencia.

Guardó silencio al instante, y el juez, algo conmovido, mando llamar al amante con el fin edificante de darle su merecido. —Resulta V. complicado, de una manera probada en el proceso incoado sobre cierto beso dado á una joven recatada. —

—No he de negar, señor juez, que soy el presunto autor de tamaña insensatez, mas ¿ignora Vd. tal vez que obré á impulsos del amor?... El hecho es cierto, inconcuso;

lo cometí sin pensar que la pude mancillar, mas ella fué quien me puso en el caso de pecar.

Aquella sonrisa ardiente, tierna, amorosa, lasciva, era tan provocativa!... ¿Quien se muestra displicente en tan dura alternativa?... Resistirla fué mi intento,

mas sus ojos de deidad quemáronme el pensamiento y... no sé en aquel momento

si hice una barbaridad.

Sus miradas incitantes, á más de justificantes de mi extravío y su afrenta, creo que son atenuantes dignas de tenerse en cuenta.

Esta es la verdad de todo lo que entre ambos ha ocurrido. Y dijo el juez aturdido: —¡Cáspita! Pues de este modo resulta usted el otendido.

Después de oír á los dos en el proceso verbal, yo juzgo, y no juzgo mal que no averigua ni Dios quien es aquí el criminal

Claro está que ella, propensa á inspirar goces livianos, puso el arma en vuestras manos, mas contra tan dulce ofensa hay remedios mas humanos.

¿Sus ojos?... No acuso á ellos, aunque despidieron llamas, de esa clase de atropellos... ¡Joven Vd. es de aquellos que no se andan por las ramas!

Juzgo, pues muy congruente terminar como empezó este proceso incipiente, porque veo que si no el verdadero inocente... ¡resultará que soy yo!

F. ROIG BATALLER.

NO DISPARATAR

¡Qué cosas se dicen y qué cosas se escriben!

Por muy ancha que uno tenga la manga en materia de lenguaje, es lo cierto que á lo mejor tiene que pegar un salto, no sólo oyendo discursos, sino leyendo periódicos, y lo que es mas grave, libros.

Apenas pasa día, sobre todo cuando se barruntan motines, sin que la prensa ministerial encaje la consabida muletilla de que el orden continúa *inalterable*.

¿Qué trabajo les costará decir *inalterado*?

Porque eso de *inalterable* es un disparate de marca mayor. Digo, me parece á mí que no hay cosa más alterable que el orden. Precisamente es un señor que se altera por todo.

No hace aun muchos días que cierto diario de esta corte publicaba un parrafillo diciendo: «Ayer tarde obsequiaron á sus amigos con una brillante *matinée* los señores de...»

Caballeros, llamar *matinée* á una fiesta que se celebra por la tarde, francamente, ya es abusar.

Verdad es que también dijo un apreciable colega,

hablando de una revista militar en Barcelona, que S. M. recorría la línea á caballo y que la seguiría detrás un brillante estado mayor.

Eso es escribir con previsión y con cuidado para que el lector no incurra en equivocaciones.

Si no acierta á decir que los que *seguían* á la augusta dama iban *detrás*, puede que alguien hubiera creído que iban *delante*. Verdad es que entonces S. M. es quien les hubiera seguido á ellos; pero en fin, bueno es que conste de una vez para siempre que *seguían detrás*.

¿Y *presupuestar*? Dónde me dejan ustedes *presupuestar*?

¡Pocas veces que se escribe, y en documentos oficiales y todo!

«Los obras de la carretera de tal á cual parte se han *presupuestado* en tantos millones.»

Las cantidades presupuestadas para los festejos de... ascienden á...»

Aquí lo que hay es una ignorancia gramatical que tira de espaldas.

Suponiendo que presupuesto es un sustantivo, sacan el verbo presupuestar.

Pero es el caso que presupuesto es participio de

presente del verbo presuponer, que significa suponer previamente.

Y por lo tanto, decir *presupuestar* y *presupuesto* es decir una atrocidad de marca mayor, y ustedes perdonen el modo de señalar.

No digamos nada de *tomar acta*. El buen Baralt, tan competente en descubrir galicismos, decía que el que toma acta es capaz de tomar paja y cebada. Y puesto que él lo decía, bien dicho está, y vamos á otra cosa.

Que las compañías de ferrocarriles hayan introducido en nuestro idioma una porción de palabras extranjeras, que han acabado por tomar aquí carta de naturaleza, es muy razonable, toda vez que se refieren á cosas que antes no existían, y por consiguiente no tenían denominación. Entre inventar una palabra ó tomarla hecha donde se encontraba, lo más cómodo y hasta lo más conveniente, era esto último, y por consiguiente no hay nada que decir.

Pero esto no autorizaba á formar frases que son un ataque al sentido común, como la de *pequeña velocidad*.

Si es pequeña no es velocidad, y si es velocidad no puede ser pequeña.

Pues aun la pequeña velocidad resulta digna de Cervantes, si se compara con esta otra logomaquia: *doble pequeña velocidad*.

Esto si que no lo entiende ni el mismo que lo inventó.

¿La doble pequeña es más ó menos veloz que la simple pequeña?

Gramaticalmente hablando nadie lo sabe.

Si lo de pequeña velocidad significa velocidad lenta, ó sea una velocidad que no es velocidad, la doble pequeña debe ser todavía más lenta, si la palabra doble concuerda con pequeña. Pero sucede precisamente lo contrario.

Y basta de velocidades, porque esto es capaz de marear á un poste.

Ibamos á terminar, cuando encontramos en otro colega de provincias estas palabras:

«La atmósfera con tantos truenos, tantos relámpagos y tanta agua como hoy nos ha enviado ha venido á hacer más remarcable la flojedad que en los espíritus se siente.»

No, hombre de Dios; ni la atmósfera ha venido, ni remarcable es palabra castellana, ni Cristo que lo fundó.

Por lo demás, no se crea que yo pretendo pasar por impecable. Diré tantos disparates como cualquiera otro, y agradeceré mucho que me los corrijan, á ver si entre todos, y enmendándonos de unos á otros, lo cual me parece fácil por aquello de que vemos la paja en el ojo ajeno y no la viga en el nuestro, conseguimos que la lengua castellana, tan rica, tan hermosa, tan elegante, no se convierta en un ridículo galimatías.

E. ZAMORA Y CABALLERO.



Unico encargado de la venta de LA SEMANA COMICA en Barcelona: D. Juan Tasso, kiosco de la Rambla de las Flores, frente á la calle del Hospital.



Elegantemente impreso, se ha puesto á la venta el idilio escénico *Lo Padri*, que tan justo éxito obtuvo en el teatro Romea durante la pasada temporada.

Agradecemos mucho al autor de la obra, el celebrado escritor D. Joaquín Riera y Bertrán, la atención que ha tenido de remitirnos un ejemplar.



D. Severo Percalinas,
que es un señor muy severo,
quiso echarme de su casa
pues me creyó en galanteos
con Paz, su esposa, la cual
también quiso echarme luego.
—Pero, al fin ¿te echaron ambos?
—No, señor: me echaron *ternos*.

J. PEREZ ZUÑIGA.



—A ver: tire usted una recta.
—Ya está.
—Ahora tire Vd. una curva.
—Ya está.
—Ahora tire Vd. una recta tangente á la curva.
—Ya la he tirado.
—Ahora tire Vd....
—Pero diga Vd., señor profesor: ¿esto es una clase de Geometría ó una escuela de tiro?



De una casa de comercio
lleva los libros Eustaquio.
—Hombre, es verdad que los lleva,
¡pero es debajo del brazo!

A. NIETO.

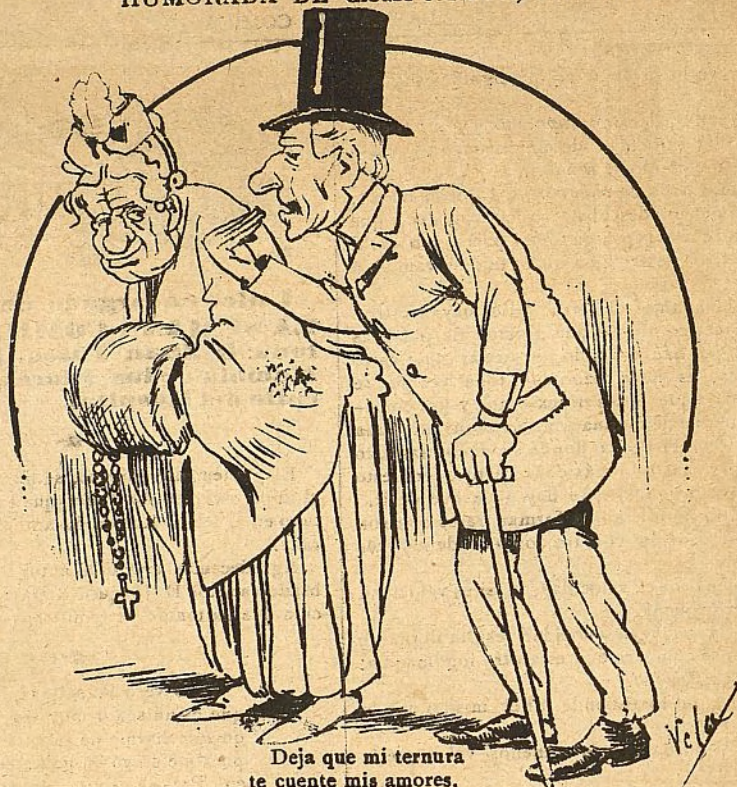


Hemos recibido la visita del *Rigoletto* lindísimo periódico de Buenos-Aires, cuyo jefe de redacción es nuestro querido amigo y ex-compañero en LA SEMANA CÓMICA, Juan de la Cruz Ferrer.

De él, del *Rigoletto*, son las dos láminas de *Demócrito* que en el presente número publicamos.

Al colega y á sus redactores, mandamos desde aquí un sincero y cariñoso saludo.

Imp. Militar de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9 Barcelona.



Deja que mi ternura
te cuente mis amores,
porque soy, cuando miro tu hermosura
un arbol carcomido que echa flores.

ANUNCIOS

CORRESPONSAL
EXCLUSIVAMENTE ENCARGADO DE LA VENTA Y EXPENDICIÓN
DE

La Semana Cómica

EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad. — Plaza de Santo Domingo

CORRESPONSAL
exclusivamente encargado de la venta
DE

LA SEMANA CÓMICA
EN VALENCIA

D. JULIAN PERIS MENCHETA

Calle de Entenza, núm. 40

CORRESPONSAL
DE
— **LA SEMANA CÓMICA** —

EN LA REPÚBLICA DE MÉXICO

D. RAFAEL B. ORTEGA

Primera de Santo Domingo, número 12,
MÉXICO

CORRESPONSAL
DE
LA SEMANA CÓMICA
EN GUATEMALA

D. Antonio Partegás

Octava Avenida Sur. — Almacén
GUATEMALA

CORRESPONSAL
DE
LA SEMANA CÓMICA
EN LA REPÚBLICA DE VENEZUELA

D. Antonio S. de Bethencourt

Calle del Sur, núm. 4.

CARACAS

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA

DE LA

SEMANA CÓMICA

EN PARIS

Madame Schneider

Kiosco 50. — BOULEVARD MONTMARTRE

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA

DE

LA SEMANA CÓMICA

EN PARIS

MADAME LEMAITRE

Kiosco 34. — Boulevard des Italiens

CORRESPONSAL

DE

LA SEMANA CÓMICA

EN LA ISLA DE CUBA

Señora Viuda de Pozo é Hijo

Galería Literaria

Calle del Obispo. 55. — Librería

HABANA

LA SEMANA CÓMICA

PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.

Colaboran en él los mejores literatos y los mas
celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas
Fuera.	"	2'50 "

REDACCION Y ADMINISTRACION

Vertrallans, 3. 1.º — Barcelona

Despacho, todos los días laborables de 2 á 4 tarde